

HUMILDAD ESTERIOR DE SANTA TERESA DE JESÚS

Rara cosa es, dice san Bernardo, hallar una persona humilde si por otra parte es muy honrada. De aquí provino siempre que los maestros de la vida espiritual cuando veían alguna alma privilegiada, a la que Dios distinguía y enriquecía con preciosas gracias del cielo, procuraban ejercitarla en obras bajas, humillarla a sus propios ojos y a los de los extraños, recelosos de que algún viento de la vanidad la echase a pique. A la manera que el sabio piloto que carga su nave de ricas mercancías y estimadas joyas y pedrerías, cuida ante todo de ponerle lastre para fortalecerle contra las arremetidas de tempestuoso viento, así estos maestros sabios en el arte de dirigir con seguridad las almas santas al puerto de la felicidad eterna por en medio del proceloso mar de este mundo, su primer y más exquisito cuidado y precaución es asegurarle contra los vaivenes del viento de la lisonja, el más temible de los mil encontrados y encontrados vientos que soplan al atravesar el golfo de la vida para hundir en el abismo la frágil barquilla de nuestra alma que camina al puerto cargada de las más ricas gracias y mercancías que atesora en sus arcas infinitas el poder de Dios Padre y los méritos del Corazón de Cristo, divino mercader de las almas. “¡Ay! exclamaba san Bernardo con profundo dolor ya en su tiempo en que tanta fe había; de diez naves que atraviesan el golfo proceloso de Lyon se pierde una; mas de diez almas que surcan el golfo más proceloso de este mundo apenas se salva una. Y ¿sabéis la causa? si no la única, a lo menos la primera y principal es la soberbia. Los vientos de la lisonja y de la alabanza soplan cual brisas del mar; ya suaves, ya fuertes; ya gratos como céfiro blando, ya tempestuosos o huracanados; y aquel que ha resistido a las tentaciones de ira, de sensualidad, cae miserablemente a estas embestidas”. “¡Oh vanidad sutil; oh soberbia palagosa! ¿quién no te temerá, exclamaba san Agustín, cuando aún en las obras buenas sabes inmiscuirte sin ser llamada; y como pirata y ladrón famoso, sólo codicias las más exquisitas y ricas presas?”. Por eso los Santos no cesaban de humillarse. Por eso decía santa Teresa de Jesús a sus hijas y lo repite a todos sus devotos: “Jamás deje de humillarse y mortificarse hasta la muerte en todas las cosas” (Aviso 51). Y lo que decía, eso enseñaba con las obras.

Hemos admirado a santa Teresa de Jesús arrodillada a los pies de sus hijas pidiéndoles perdón; hemos contemplado a santa Teresa de Jesús, conservarse humildísima, a pesar de haber visto a sus pies arrodillados, pidiendo a la humilde monjuela la bendición delante de inmenso concurso, al Dr. Velázquez, obispo de Soria, y a D. Cristóbal de Rojas y Sandoval, arzobispo de Sevilla; mas la seráfica Virgen que aspiraba no sólo al grado de Doctora de las virtudes, al pretender ser graduada en la escuela de la humildad como la más importante, se excedió a sí misma, por decirlo así, y quiso presentarse a nuestros ojos ofuscados con los humos de la soberbia, no sólo mujer, sino menos que mujer; como jumento insipiente que siempre está en la presencia del Señor.

Caso raro fue y prueba durísima de humildad la que hizo un santo varón con un sabio y distinguido novicio que después de haber recibido con unánime aplauso por su talento y aplicación al estudio el grado de doctor, quiso que fuese cargado con carga de animal muerto por las calles de un señor principal de la ciudad, diciéndole: “Señor, en la Universidad me han dado el grado de ciencia; y en la Religión el grado y ejercicio de la humildad”.

Pues más raro fue el ejemplo de humildad de la santa Doctora, cuando, como nos refiere el P. Ribera¹ y nosotros apuntamos en otra ocasión, salió al refectorio andando con pies y manos como bestia con un serón de piedras y una sogá a la garganta, y una hermana que la tiraba del diestro, diciendo sus faltas. Otra vez salió cargada con unas aguaderas llenas de paja, diciendo sus culpas con gran humildad, como si fuera una novicia que por su aprovechamiento hubiera pedido aquella mortificación, porque estas cosas no las hace ninguna, sino cuando las desea y las pide con humildad y fervor.

¿Qué dice nuestro corazón amante de santa Teresa de Jesús a vista de tan profundísima humildad? ¡Ella, la gran Doctora compararse con un jumento! ¡Y nosotros, jumentos en verdad por nuestra insipiente en las cosas de Dios, nos reputamos y en nuestro seso presumimos de muy sabios! Nosotros queremos aparentar que somos grandes, como ángeles o como dioses sobre la tierra; y no reparamos que por nuestro orgullo no sabemos apreciar nuestra verdadera grandeza, descendemos de la dignidad augusta de hijos de Dios para compararnos con los brutos y hacernos semejantes a ellos. Mas Teresa de Jesús, siendo Ángel y más que Ángel, Serafín por su ciencia y su amor de Dios, se nos presenta a nuestros ojos como jumento. ¡Oh hombre, hombre! ¡Oh cristiano! Si el ejemplo de humildad del Hijo de

¹ Libro 4, c. 16

Dios, postrado a los pies de Judas traidor, no te mueve a abrazarte con la humildad, a humillarte a toda criatura por respeto al Criador, muévate al menos si eres teresiano el ejemplo de tu gran Madre y Doctora a sufrir alguna pequeña humillación. ¡Teresa de Jesús postrada a los pies de sus hijas, y tú pretendiendo hollar, repisar sobre tus mayores, quizás sobre tus padres! Teresa de Jesús, siendo más que ángel por sus virtudes, no se desdeña de parecer como vil jumento; y tú más vil que estos animales por tus pecados ¿querrás ser loado y tenido por Santo, no te contentarás con parecer lo que eres? Pues mira que si prosigues no llevas camino de ser, no diré cristiano, ni teresiano, sino que ni siquiera hombre cuerdo. Párate a meditar en este mes en que la Iglesia santa al poner la ceniza sobre la frente te recuerda la vileza de tu origen de que eres polvo y en polvo te has de convertir, parate a meditar este ejemplo raro de humildad de la Santa, y resuelve hacer algo en este sentido. No dejes de humillarte y mortificarte siempre y en todas las cosas. Te lo enseña con sus palabras y sus obras la que es Doctora mística y de todas las virtudes, especialmente de la santísima humildad, santa Teresa de Jesús.

DESDE LA SOLEDAD...

Suspendo por hoy, mis buenos amigos, la tarea gratísima de recordaros la necesidad y bienes de la oración para recordaros otro deber muy importante, urgentísimo en nuestros días. Debo repetiros una palabra que por ventura no sonará tan dulcemente a vuestros oídos educados la mayor parte entre los maestros afeminados del siglo XIX, pero que todos los cristianos debemos escuchar con docilidad, y ponerla en práctica en cuanto alcancen nuestras fuerzas.

¿Cuál es esa palabra?- No os asustéis, mis buenos teresianos, al oírla. Esta palabra es amarga gustada con repugnancia, mas suavísima a quien la ama; palabra que el mundo teme y huye de ella como del mayor de los males, pero que la Religión nos convida a abrazarnos con ella constantemente como manantial fecundo de preciosos bienes. Es la palabra que hizo oír Dios después de haber pecado a nuestros primeros padres y les abrió las puertas del cielo; palabra que salvó a Nínive de una perdición inminente; la primera que salió de los labios divinos de Jesucristo y de su santo Precursor; la que pronunció más repetidas veces la Inmaculada Concepción al aparecerse en nuestros días allende los Pirineos a la bondadosa Bernardica; la única en fin que con la oración tiene el mérito y la eficacia incontrastable de desarmar la ira de un Dios justamente irritado y de convertir sus amenazas y castigos en bendiciones de salud. Y esta palabra eficaz que tantos prodigios ha obrado es la palabra **Penitencia**. La penitencia salvó a Adán y Eva, y a Nínive; hacéd penitencia, clamaba Jesucristo al empezar su misión divina, y lo mismo su santo Precursor; y penitencia, penitencia, penitencia, repetía la que siempre fue Virgen Inmaculada al aparecerse a una virtuosa joven en la gruta de Lourdes. ¿Qué mucho pues que el humilde Solitario haga coro en nuestros días con tan autorizadas voces y os recuerde con Jesucristo que si no hacéis penitencia todos pereceréis indistintamente? ¿Qué extraño os grite en este santo tiempo de Cuaresma con la Iglesia santa: Llevad siempre ceñida la mortificación de Jesús en vuestros cuerpos si queréis detener el diluvio de males que nos amenaza, males que sólo a la penitencia le es dado trocar en bienes? Y mayor motivo existe todavía hablando con los discípulos de la inocente y penitentísima Doctora que sus ansias eran por padecer y morir; pues si no cabe ser devoto de Teresa de Jesús sin ser persona aficionada a la oración, y por otra parte regalo y oración no se compadecen según doctrina de la Santa, fuerza es que todos tomemos con empeño hacer alguna cosa para satisfacer a la justicia de Dios, grandemente irritada por nuestros pecados y los de todo el mundo. Mas ¿en qué debemos hacer penitencia? oigo que me preguntáis. Os lo indicaré solamente, y vuestra buena voluntad suplirá mis cortas advertencias.

Podemos y debemos hacer penitencia en el vestir, en el dormir, en el comer, en divertirnos: podemos hacer penitencia de día y de noche, en el campo y en la ciudad, en las ocupaciones y faenas ordinarias, siempre, en todos los instantes de nuestra vida pecadora. Preguntaos con sinceridad al hacer el cuarto de hora de oración: ¿Cuántos pecados he hecho desde que tengo uso de razón? ¿qué satisfacción he dado a Dios por ellos? ¿Nada hay de superfluo o de vicioso en mis vestidos, en mi comida, y en las horas que doy al descanso de mi cuerpo? ¿no podría, no debería abstenerme al menos durante la santa Cuaresma de tal diversión, compañía, trato familiar, conversación, visita, reunión? ¿ni vida en conjunto es de

cristiano o de pagano? ¿cómo cumplo lo que prometí en el santo Bautismo? ¿soy amigo de Satanás, de sus pompas y obras? ¿Y el mundo cómo está? ¿mis hermanos no son pecadores? ¿y qué hacen por satisfacer a la divina justicia? quizás nada, o peor que nada, pues continúan pecando y por consiguiente atesorando ira para el día de la venganza. ¿Qué debo, pues, hacer por consolar al Señor en estos malhadados tiempos en que toda la multitud sigue a Lucifer y vuelve las espaldas a Cristo Jesús? ¿qué puedo hacer hoy, en este instante?... – Y lo que te responda la conciencia, esto practica, lector querido.

Si así lo hacemos, esta Cuaresma será Santa para nosotros; atraerá, no lo dudemos, extraordinarias bendiciones del cielo sobre nuestras almas y nuestra patria. Mas ¡ay! si no hacemos penitencia. Si no hacemos penitencia pereceremos todos irremisiblemente. Lo ha dicho la Verdad eterna, y os lo recuerda para vuestro bien y desea se grabe en vuestro corazón eternamente

El Solitario

SANTA TERESA DE JESÚS

CONSIDERADA COMO ESCRITORA

III

Para dar una muestra de ello, no sabríamos cuál trozo elegir entre tantos como se ofrecen a nuestra mente, de buen estilo y sazonados de excelentes conceptos. Cáigale, pues, en suerte al que pondremos a continuación, en que asegura con mucha novedad de estilo y razonamientos que el camino de la salvación no es estrecho, doctrina que aparecería además algún tanto nueva, aventurada, si no la hiciese corriente y aceptable tan acreditada e infalible pluma. El razonamiento es como sigue:

“Bien viene aquí decir que fingís trabajo en vuestra ley, porque yo no lo veo, Señor, ni sé como es estrecho el camino que lleva a Vos. Camino real veo que es, que no senda; camino que quien de verdad se pone en él, va más seguro. Muy lejos están los puertos y rocas para caer, porque lo están de las ocasiones. Senda llamo yo, y ruin senda, y angosto camino, el que, de una parte está un valle muy hondo adonde caer, y de la otra un despeñadero: no se han descuidado cuando se despeñan y se hacen pedazos. El que os ama de verdad, Bien mío, seguro va por ancho camino y real, lejos está el despeñadero: no ha tropezado tantico, cuando le dais Vos, Señor, la mano; no basta una caída y muchas si os tiene amor, y no a las cosas del mundo para perderse; va por el valle de la humildad: No puedo entender qué es lo que temen de ponerse en el camino de la perfección; el Señor por quien es nos dé a entender cuán mala es la seguridad en tan manifiestos peligros como hay en andar con el hilo de la gente, y cómo está la verdadera seguridad en procurar ir muy adelante en el camino de Dios. Los ojos en El, y no haya miedo se ponga este Sol de justicia, ni nos deje caminar de noche, para que nos perdamos, si primero no le dejamos a El. No temen andar entre leones, que cada uno parece quiere llevar un pedazo, que son las honras y deleites y contentos semejantes que llama el mundo: y acá parece hace el demonio temer de musarañas. Mil veces me espanto, y diez mil querría hartarme de llorar y dar voces a todos, para decir la gran ceguedad y maldad mía, por si aprovechase algo para que ellos abriesen los ojos. Ábraselos el que puede, por su bondad, y no permita se me tornen a cegar a mí”.

Dígannos los que no reconocen el mérito de la literatura religiosa, si el discurso que hemos copiado podrían desdeñarle, literariamente hablando, Ni Cervantes Saavedra, ni Saavedra Fajardo.

¿Quiérese estilo ligero, humorístico, como ahora se dice? Pues allá va un trozo de humorismo, es decir, para que nos entendamos, una crítica festiva con honrada compostura, si bien muy discreto gracejo, de las pompas del mundo. Habla de una señora que trató, y dice:

“Vi que era mujer, y tan sujeta a pasiones y flaquezas como yo, y en lo poco que se ha de tener el señorío, y cómo mientras es mayor tiene más cuidados y trabajos, y un cuidado de tener la compostura conforme a su estado que no las deja vivir, comer sin tiempo ni concierto (porque ha de andar todo conforme al estado y no las complexiones), han de comer muchas veces los manjares más conformes a su estado que no a su gusto.

Es ansí que del todo aborrecí el desear ser señora. Dios me libre de mala compostura, aunque esta con ser de las principales del reino, creo hay pocas más humildes y de mucha

llaneza. Yo la había lástima, y se la he de haber como va muchas veces, no conforme a su inclinación, por cumplir con su estado. Pues con los criados es poco lo poco que hay que fiar, aunque ella los tenía buenos; no se ha de hablar más con uno que con otro, sino al que se favorece ha de ser el malquisto. Ello es una sujeción, que una de las mentiras que dice el mundo es llamar señoras a las personas semejantes, que no me parece son sino esclavos de mil cosas”.

Ningún escritor de costumbres haría una pintura más bien caracterizada de los grandes del mundo, y eso que la Santa vivía apartada de él. Al mismo tiempo su relación puede servir de bálsamo a los inquietos ambiciosos que se juzgan infelices por no tener muchos bienes de fortuna, y como hacen consistir toda la felicidad en las riquezas, a toda costa aspiran a salir de la clase social modesta en que Dios les ha colocado, sin comprender cuánto perderían acaso en cambiar de estado. Si los agitadores de los pueblos, en vez de azuzar a los pobres contra los ricos, y enseñarles a detestarlos y a querer ocupar su puesto, les enseñasen, como santa Teresa, a compadecerlos, ¡cuánto ganarían las naciones!

Escuchemos, por último, un lenguaje serio de todas veras y enérgico y varonil, hijo del más abrasador entusiasmo, y no dudaremos que habla una heroína que desafía los mismos rigores de la muerte por Dios. Habla del modo de tener oración, y se expresa así:

“No os espantéis, hijas, de las muchas cosas que es menester mirar para comenzar este viaje divino, que es camino real para el cielo. Ganase yendo por él gran tesoro; no es mucho que cueste mucho, a nuestro parecer tiempo verná que se entienda cuán no nada es todo por tan gran precio. Ahora, tornando a los que quieren ir por él, y no parar hasta el fin, que es llegar a beber desta agua de vida; cómo han de comenzar, digo, que importa mucho y el todo una grande y determinada determinación de no parar hasta llegar a ella, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera se muera en el camino, o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo”.

Tales son las obras de santa Teresa, modelo de castizo hablar, de las que fray Luis de León, quejándose de algunos que las enmendaban, dice:

“Hacer mudanza en las cosas que escribió un pecho en quien Dios vivía, y que se presume le movía a escribirlas, fue atrevimiento grandísimo y error muy feo querer enmendar las palabras; porque si entendieran bien castellano, vieran que el de la Santa es la misma elegancia. Que aunque en algunas partes de lo que escribe, antes que acabe la razón que comienza, la mezcla con otras razones, y rompe el hilo, comenzando muchas veces con cosas que ingiere; mas ingiérelas tan diestramente, y hace con tan buena gracia la mezcla, que ese mismo vicio le acarrea hermosura, y es el lunar del refrán”.

Cuéntanse muchos casos de conversaciones por estas obras, en las que no entraba por poco el atractivo que las prestaba su buen lenguaje. Díaz Sánchez de Ávila, doctor de Salamanca, que buscaba los libros mejor escritos en nuestro idioma, instruido por el doctor Céspedes de que ningunos igualaban a los de santa Teresa, leyó algunas obras de la Santa manuscritas, y con esto dejó el mundo, y tomó el hábito con el nombre de fray Tomás de Jesús, y fue muy docto y santo, e ilustró la reforma y las letras.

D. Rodrigo Calderón, marqués de Sieteiglesias, condenado a muerte por el rey Felipe III, se convirtió en la cárcel, leyendo la vanidad de las cosas mundanas en los escritos de la Santa, y se conformó tanto, que pidió un Carmelita Descalzo que le asistiera, y murió con gran valor, como se sabe, y asistido de la misma Santa.

Deben, pues, con doble motivo leerse las obras de santa Teresa por sus divinas doctrinas y por la fuerza de su dicción. Si fuere posible que se eclipsara la fama de los Santos, nunca dejaría ella de brillar entre los más grandes escritores de la tierra, como hoy lo hace al lado de los Padres de la Iglesia, rayando al par de los doctores san Agustín y san Jerónimo, con genio poético a usanza de san Juan de la Cruz y san Gregorio Nacianceno, con expresión tierna como san Ambrosio y san Bernardo, y con conceptos sublimes como los papas san León y san Gregorio el Grande.

C. V.

SEÑORA, DAD LA VIDA A MI AMIGA

Así clamaba santa Teresa de Jesús a su misericordiosa Madre María, en ocasión de hallarse enferma de gravedad y desahuciada de los médicos D^a Juana Dantisco, madre del venerable Jerónimo Gracián, uno de los religiosos Descalzos a quien más distinguió con su cariño la insigne Reformadora. Estando sola la enferma, cercó su cama en un momento una luz brillantísima, y oyeron la voz de nuestra Santa, pues muchos de los asistentes la habían conocido en vida, que hablando con la santísima Virgen le decía: **Señora, dad la vida a mi amiga**, y así sucedió con pasmo de todos los médicos y asistentes, pues entrando un hijo de la enferma a verla le tomó esta la mano y le dijo: “Hijo mío, no tengo de morir de esta enfermedad”. La oración de Teresa de Jesús obró el prodigio, y María inmaculada no pudo menos que complacer a su más amada hija Teresa de Jesús.

Teresa de Jesús tiene también en estos desgraciados días una amiga más íntima que la Dantisco, a la cual pruebas mil tiene dadas de estimación singular y apasionado cariño, y por cuyo bien y salvación tanto se afanó y hubiera dado gustosa una a una todas las gotas de su sangre generosa y sufrido los tormentos de todos los mártires hasta la consumación de los siglos. ¿Quién es esta amiga tan querida de Teresa de Jesús? ¿No la conocéis, lectores míos? ¡Ah! es su Patria, la pobre España, presa de enfermedades morales gravísimas, y al parecer incurables mirando con los ojos de la ciencia y no de la fe... materialismo,... indiferentismo,... libertinaje,... qué sé yo... Al borde se mira del precipicio, y a punto de perecer. No le faltan empero curanderos empíricos que aparentan empeño en curarla, y lo que hacen es propinarle el tósigo de corruptoras doctrinas que le han de acelerar la muerte. La convidan a la mesa de los placeres sensuales, que enervan sus cortas fuerzas vitales; la adormecen, gritándole que será feliz cuanto más entre en el concierto de la civilización moderna (anticatólica, según declaración de los labios más autorizados que hay sobre la tierra). Y España aletargada con el arrullo de funestas Sirenas... ¡Ah! España desfallece, se halla en las convulsiones de la agonía. ¡Pobre España!

¿Y perecerá España, la amiga más amada, la patria de Teresa de Jesús, la heredada privilegiada, la nación predilecta de María Inmaculada? ¿Morirá España, la que fue reina del mundo y en cuyos dominios nunca se ponía el sol; la princesa de las naciones que dictaba las leyes en ambos hemisferios, la que llevaba a nuevos mundos la antorcha de la fe y de la verdadera civilización? ¡Ah! sus enemigos... ¿batirán palmas al estrepitoso ruido de su hundimiento? Desahuciada de todos los médicos de la tierra, ¿no hallará remedio en los del cielo en sus dolencias morales?

Sí, ciertamente; porque Teresa de Jesús, amiga y patrona de su amada Patria, y más amada por su corazón cuanto más necesitada, está repitiendo de continuo al corazón purísimo de María: “Señora y Madre mía, dad la vida a mi amiga España católica. Es vuestra Hija y Madre mía; ¿qué se dirá de nuestro poder y bondad si perece en manos de sus enemigos?

Y al oír España los ruegos de su más ilustre hija y poderosa Valedora, se reanima, y cobra fuerzas y nuevo aliento; y puestos los ojos y la confianza en sus incomparables patronas María Inmaculada y santa Teresa de Jesús grita a sus buenos hijos que lloran y desfallecen de pena al ver los dolores, como agoniza su querida Madre: “No desmayéis, hijos míos; no llores, consolaos, porque no tengo de morir de esta enfermedad”.

M .A.

DICHO QUE LA VENERABLE MADRE ANA DE JESÚS

DIJO POR LA BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN DE NUESTRA SANTA MADRE TERESA DE JESÚS

(Continuación)

A la **sexta pregunta** digo: Que la vimos tener grandes trabajos de muchas maneras, y que los llevaba con tanta paz y serenidad, que nos admiraba diciendo siempre, “cuán dichosos habían sido los que habían padecido mucho por amor de Dios”, y con cualquiera adversidad que se le ofreciese, la oíamos decir aquellas palabras del santo Job: “Si recibimos de mano del Señor los bienes, ¿por qué no recibiremos los males? él lo dio y él lo quitó; como le ha placido lo ha hecho; esa su Nombre bendito”. Y afirmábamos que desde que era muy niña que había oído esto a su padre, que era gran cristiano, le había aprovechado para pasar con conformidad cuánto se le ofrecía, mas era muchos sus rendimientos y sujeción a la divina voluntad, y por hacerla de cualquiera en lo que no era malo, negaba la propia suya con facilidad. El consuelo que la daba verse fatigar y afligir ya está dicho, y lo mucho que quería a los prelados y confe-

sores que con más aspereza la trataban, y qué de razones buscaba para hacer entender la tenía quien la trataba mal, y aunque la dijese muchos oprobios y palabras muy afrentosas, nunca la vimos turbada, ni demudarse; en particular pudiera decir algunas cosas bien ignominiosas, que le vi sufrir con harta serenidad.

Sus enfermedades fueron grandísimas, y llevábalas con tanta paciencia, que de propósito la íbamos a ver cuando más apretada estaba de ellas, para aprender cómo habíamos de llevar las nuestras.- Era muy amiga de hacer penitencia, y decía, que sólo sentía en la enfermedad estorbarle esto, que lo procuraba recompensar con la obediencia y mortificación, que en lo poco y en lo mucho veíamos la tenía; y que con grandes enfermedades casi nunca dejaba de rezar el Oficio divino; y esto con tanta devoción que cuando íbamos por los caminos, y rezaba fuera del coro, siempre rodeaba el salmo, de arte que hubiese de decir ella el verso de **Gloria Patri**.- Y era tan amiga de oración vocal y de libros santos, que jamás la vimos acostar por cansada que estuviese sin darse algún rato a esto, aunque fuese a la una o a las doce de la noche; y andaba tan ocupada en estas fundaciones y cartas, que hasta aquella hora no había muchos días podido hacer más de lo que era de forzosa obligación.- Sermón no lo osaba perder, por mala o ocupada que estuviese; de cualquiera que oyese, decía que sacaba provecho. Reñía cuando notábamos algún desorden, porque reparábamos en aquello, y no tratábamos de lo bueno que había predicado. Deseaba ayudásemos siempre a officiar la misa, y buscaba cómo lo pudiésemos hacer cada día, aunque en el tono en que rezamos las horas, y si no podía ser por no tener capellán propio y ser tan pocas entonces (que no éramos más de trece), decía que le pesaba careciésemos de este bien, y así la vez que se cantaba la Misa, por ningún otro negocio dejaba de ayudar, aunque en aquel punto acabase de comulgar, y estuviese muy recogida; andábalo de manera, que supe cierto de ella, que siempre traía la parte superior ocupada en lo espiritual, y con sola la inferior asistía a lo que hacía, y así se le fatigaba y quejaba el natural porque la dejaba a solas, y ella se estaba gozando, digo el alma.

Algunas veces salía de rezar con un color y hermosura que maravillaba, y otras tan desfigurada que parecía muerta, y en la voz vimos también esta diferencia, particularmente en la noche de la Natividad, cantando en las Maitines el evangelio de san Juan, fue cosa celestial, de la manera que sonó, no teniendo ella naturalmente buena voz. En estas fiestas hacía ella muchos regocijos y componía algunas letras en cantarcitos a propósito de ello, y nos los hacía hacer y solemnizar con alegría. Cansámbanla personas encapotadas y oraciones estrujadas, que así las llamaba ella.

Enseñábanos que diésemos con mucha claridad cuenta de nuestras almas, y que nunca nos fiásemos de nuestro parecer, en especial lo encargaba a las prioras, diciendo no sabría gobernar quien no se aconsejase en todo y fuese muy mortificada para sí. Ella lo era tanto que veíamos andaba en perpetua negación, y en lo que le sucedía a su gusto quedaba temerosa, y en lo contrario contenta, que en forma lo estaba de lo que era pena, y así se holgó de haber caído en un camino, que se le había hecho todo bien, y sintiendo el mal de tan gran caída dijo: "Bendito sea Dios, que siquiera he caído y me duele harto".- En lo que más la vimos padecer era en las ansias que tenía de ver a Dios, era de manera que sólo se consolaba de padecer, y así decía: "¡Señor; o morir o padecer!"... en un gemido que movía harto a quien lo oía, y como los confesores la veían con este espíritu, cada uno la probaba en lo que más le parecía lo había de sentir... y así en Burgos fue mucho lo que padeció en aquella fundación con el arzobispo don Cristóbal Vela y con el doctor Manso, que entonces era su confesor, el cual para probarla quiso ver si en tiempo de tan grandes trabajos e incomodidades, como allí tenía, sufría la privase de los Sacramentos, no dándole licencia para que los recibiese tan a menudo como solía, sino más de tarde en tarde, y de esta prueba y de cuantas le hacían salir tan bien, que de nuevo conocían El que en su alma traía, y de nuevo la estimaban en más. Y así, este doctor Manso, que es ahora obispo de Calahorra, en viéndose obispo, procuró llevar monasterios nuestros a su obispado, y allí en Burgos la vio pasar tan grandes trabajos y enfermedades y pobreza, que por poder oír misa sin andar por las calles (como he dicho el arzobispo no acababa de dar licencia para que dijese misa, ni tuviesen la clausura, hasta que se allanase ciertas dificultades que Nuestro Señor permitía que allí hubiesen, para que padeciese más su sierva), hubo de ir con las compañeras que llevaba para hacer el monasterio a un hospital tan pobre y lleno de enfermos, que me afirmaron las que estuvieron con ella que de los quejidos y malos olores y muchos ratones y otras sabandijas asquerosas, no se podían valer, y que lo que más sentía la Madre, era ver lo que padecían ellas.- Con ser de suyo tan limpia, que no la vimos huir trabajo de cuantos se le ofrecieron en su vida, si no fue al principio que comenzó esta Orden de Descalzas, que viendo temerosas a las primeras de nosotras de que la lana traída a raíz del cuerpo había de criar, como es ordinario, pedía a Nuestro Señor librase

de esto por la inquietud que podía causar en la oración, y ella lo era tanto en esto de la limpieza, que se lo suplicó tan de veras, que desde entonces hasta ahora no ha permitido Su Majestad vea algún rastro de ello, siendo más de seiscientas monjas las que hoy traemos este hábito, tan ocasionado de suyo a criar inmundicias por ser de lana tan grosera, que es jerga, de la que hacen mantas a los caballos y albardas a las bestias, y desde el punto que nuestra Madre nos aseguró vivíamos libres de esta penalidad, en la casa de Ávila nunca más de vio.- Solos dos días que digo estuvieron en el hospital de Burgos, se padeció, rebosaban en piojos, - y cómo he dicho era tan mortificada, que en todas las cosas que la hacían contradicción se mortificaba, y así en esto de la limpieza la vimos hacer algunas mortificaciones públicas en refectorio, comiendo cosas asquerosas y en vasijas que nos hacía harta dificultad verlas, que a veces era el hueso de una calavera, en la cual hacía más que en otra ninguna aspereza.- En trabajos interiores y en trabajos del espíritu, he dicho lo mucho que padecía, porque algunos días andaba tan seca y fatigada como si nunca hubiese recibido mercedes de Dios, y con tan grandes temores de si le servía, que era harto menester consolarla, porque la ofamos palabras, en que padecía temía mucho perderse, y mandábamos rogásemos a Dios la diese su gracia, y fuese servido de que ella se salvase, y esto con tantas lágrimas que nos lastimaba, y decíamos, que habiéndola Su Majestad hecho tantas mercedes, y a tantas personas por su medio, ¿qué había de temer?.- “¡Temer! decía, como veo lo mucho que el Espíritu Santo habló por la boca de Salomón, y que estaba en duda su salvación, y que soy la que soy, no puedo dejar de afligirme, viéndome tan ruin”. Y esto sentíalo tan de arte que cuando leía las vidas y ejemplos de los santos se deshacía de pena, diciendo, “¡cuán diferente era ella, que no sabía a qué propósito la llamaban santa, andando tan lejos de serlo!”.- En el conocimiento de estas verdades, que cierto le parecían a ella lo eran, se consumía de manera, que algunas veces fue menester irlo a decir a sus confesores para que la riñesen, y no la consintiesen estar tan afligida.

Cuando la daba ansia de salir de esta vida, que era muy de ordinario tenerla, sólo se consolaba con ser monja, que estimaba tanto el serlo, que decía: “por sólo esto sufría el vivir, y que le parecía aunque fuesen muchos años, no se hartaba de serlo, que debían mucho a Dios las que gozaban de tal bien”. Y así cuando andaba más fatigada la veíamos se consolaba en ejercitarse en los oficios más humildes y ceremonias, que eran las de las novicias, que con esto se entretenía y consolaba, habiendo envidia a las que siempre lo podían hacer.

LAS HIJAS DE MARÍA INMACULADA Y TERESA DE JESÚS DE ULLDECONA

Agradecerán nuestros lectores en estos días de perversión y de escándalo, que les ofrezcamos un cuadro de virtud delineado por mano femenil, hermoseedo con los más delicados e íntimos sentimientos de un alma ganosa de abrazar todos los corazones en el amor de Jesús y de su Teresa. Es una de las flores delicadas que ha hecho brotar en nuestra querida Asociación de Hijas de María y Teresa de Jesús en el religioso pueblo de Ulldecona. Recréense nuestros amigos con los aromas que exhala esta flor celestial, y séales de consuelo y aliento su lectura, como lo ha sido para nuestra alma. Dice así:

A mis hermanitas hijas de María Inmaculada y santa Teresa de Jesús:

Aunque muy sencilla y toscamente, por no saber más, mis buenas hermanas, tenga que trasladar al papel mis afectos, no puedo sujetar el impulso de mi corazón, que me mueve a que haga público el maravilloso efectos que han producido en muchas de las hijas de María Inmaculada y Teresa de Jesús, de Ulldecona, los santos ejercicios espirituales que el Señor nos ha concedido en tiempos y circunstancias bien difíciles, por medio de los dignos oradores D. Enrique de Ossó y D. Mateo Ausachs.

El día 27 de diciembre, a las cuatro de la tarde, se hizo el primer acto de preparación. La santa capilla de la Comunión (que es bastante espaciosa) estaba llena de jóvenes tere-sianas, todas con el mayor recogimiento y devoción, escuchando con indecible gusto la plática como de anuncio y preparación.

¡Cuántas jóvenes católicas se sintieron herido el corazón a la dulce voz de los dignos oradores por los avisos tan saludables que nos proponían para salir del camino torcido de este mundo miserable, y emprender el recto que conduce al cielo! Los seis días de santos ejercicios

pasaron con la mayor velocidad para las que con puntualidad acudieron a todos los actos que con tanta solemnidad se celebraban mañana y tarde, llenándose siempre la capilla de un gentío inmenso. Sólo deseo, mis queridas hermanas, ya que el Señor tan misericordiosamente nos ha favorecido con la gracia de los santos ejercicios (que a tantas teresianas, tal vez más dignas que nosotras las habrá negado), seamos, como nuestra seráfica Madre santa Teresa de Jesús (de condición tan agradecida), fieles a nuestros propósitos, perseverantes en la oración, y nos haremos dignas del cielo.

Cuando recuerdo el último día (que terminó con una Comunión general concurridísima) el júbilo que inundaba nuestros corazones, no puedo menos de exclamar: ¡Qué felices somos las hijas de María Inmaculada y Teresa de Jesús! Mas lo que colmó nuestra dicha fue la función que se celebró aquella misma tarde, no en la capilla de Comunión, sino en la espaciosa nave de la iglesia, con el Señor expuesto; porque nuestros dignos y celosos ejercitantes quisieron que todo el pueblo participase de las dulces emociones que nosotras. ¡Oh! ¡yo no hallo términos con que expresar lo que mi corazón sintió en aquellas dichosas tres horas que duró la función! yo no sabía lo que me pasaba; yo estaba absorta; yo estaba fuera de mí; ¡cuántas veces me ocurrió lo que pasó al apóstol san Pedro en el monte Tabor a la vista de Jesús transfigurado! y el caso es que sin saber cómo pronunciaba sus mismas o parecidas palabras: -¡Señor, cuán bueno es estar aquí con Vos!- y lo mismo oí a alguna de mis compañeras. ¡Ah! ¡con cuánto acierto y oportunidad nos cerró nuestro celoso director, D. Enrique de Ossó, las dos puertas más temibles del infierno, y nos abrió de par en par la del cielo! Yo sentí entonces en mí un impulso tan fuerte de ser santa, que al hacer luego la renovación de las promesas del Bautismo a presencia de Jesús sacramentado, dije para mí: “Sí, yo seré buena; yo quiero salvarme; yo me salvaré; yo nunca he sentido tan extraordinaria confianza, y con la gracia de mi Dios y la ayuda de mis buenas Madres María Inmaculada y Teresa de Jesús, como de mi santo Ángel de guarda y el Discípulo amado, seré buena, y me salvaré”.

Mas ¡ay, hermanas mías, que esto no basta! Yo no puedo olvidar aquellas sentidas palabras del reverendo señor Prior de Mora en su última plática el domingo siguiente a los santos ejercicios, después de haber hecho los nuestros particulares de reglamento. ¿Tenéis presente lo que nos decía con tanta viveza hablándonos del celo por la salvación de las almas? ¡Ah! sí; no debemos contentarnos con salvarnos solos, debemos salvar alguna otra; debemos salvar muchas, porque salvando una alma salvamos la nuestra. A salvar almas, pues, hermanas mías: ya que no nos sea dado de otro modo, por ser mujeres, hagámoslo con la oración y con el buen ejemplo; no cesemos de orar por la conversión y santificación de las almas; seamos cada día mejores, y lo habremos logrado todo.

Yo os lo prometo, Señor; yo os lo prometo, Madre mía inmaculada y Teresa de Jesús, como también lo prometen sin duda mis queridas hermanas, repitiendo las palabras admirables de nuestra invencible Capitana: “En cosa que entendamos se ha de servir a Jesús de Teresa, ni todo el infierno, ni todo el mundo será parte, por más fieras que echen, para que dejemos de llevarlo adelante”². Y aunque el infierno todo se levante contra nosotras, no desistiremos, sino que con la gracia de Dios y la ayuda de nuestras queridas Madres, diremos cada día más alto: ¡Viva Jesús de Teresa! ¡Vivan María Inmaculada y Teresa de Jesús! ¡Muera el pecado para siempre!... Amén.

Concluyo mi desaliñado escrito, pidiendo a todas mis hermanas en Jesús de Teresa que en justo agradecimiento a tanto bien como nos ha venido por medio de los santos ejercicios encomienden al Señor en sus oraciones al Sr. D. Enrique de Ossó y a su digno compañero, a fin de que les dé abundantes gracias, para que puedan ejercitarnos en los años venideros, y les aumente (si cabe) el celo por la salvación de las almas. Así muy en particular lo hace la más indigna que suscribe,

J. S., hija de María Inmaculada y Teresa de Jesús

Ulldecona, fiesta de los santos Reyes del año 1875.

² Santa Teresa de Jesús, tomo III, carta nº 13.

LAS LLAVES

I

Al tratar nosotros de dar a conocer a santa Teresa de Jesús en todas sus fases y bajo todos conceptos, y queriendo poner a la vista de todos las delicadas y graciosas líneas de su fisonomía moral, ¿podríamos olvidarnos de consultar alguna que otra vez el preciosísimo tesoro donde nuestro pueblo, tan impresionable y religioso a la vez, tiene archivado el sagrado depósito de sus cuentos y cantares, de sus romances y leyendas? Por ventura tendrá alguno como poco serio y baladí un estudio de esta naturaleza; pero perdónesenos si no participamos nosotros de esta misma opinión, y si por el contrario nos atrevemos a creer que nuestro pueblo, nuestro verdadero pueblo, de quien se ha dicho con justicia que es un **gran poeta**, atesora en ése como archivo de la tradición oral riquezas y preciosidades literarias que acaso no han sido bastante explotadas. Mucho se ha hecho, es verdad, y se está haciendo aún en este sentido, y literatos hay de primer orden que no se desdeñan de mezclarse y confundirse entre las gentes lugareñas, deseosos de coger el hilo de oro de esas preciosas tradiciones populares, con las cuales suelen después formar hermosos y galanos libros, tan ricos de enseñanza como llenos de encanto y embeleso. Dos grandes escritores contemporáneos han sabido buscar y encontrar las puras y escondidas aguas de esa fuente, que está sin embargo muy lejos de agotarse, y a eso se debe por ventura que sus nombres hayan alcanzado universal simpatía entre nosotros y gloria merecida, que no ha de envejecer, entre propios y extraños.

¡Y cómo nos agradecería también a nosotros, aunque no seamos Antonio Trueba, ni siquiera Fernán Caballero, poder aplicar nuestros labios a los bordes de esa fuente! ¡Cómo nos holgaríamos de entrometernos en los ahumados hogares de la aldea donde la tradición popular cuenta con sus más venerables intérpretes! ¡Con qué gusto tomaríamos cartas en las rancias conversaciones con que los ancianos se rejuvenecen narrando consejas al caracol de la iglesia! Ni dejaríamos tampoco por pereza el tomar acta de muchas de esas oraciones, cuentos o cantares que rezan, narran o entonan, ya sean las muchachas de nuestros campos al recoger, formando grupos, el fruto del olivo o del algarrobo; ya sea los niños y sobre todo las niñas del vecindario que, después de haberse hartado de jugar y de saltar en la plazuela a la luz de la luna, se retiran a un ángulo de la misma, donde formando círculo entretienen su fantasía, tan traviesas como sus pies, escuchando fantásticas relaciones y cuentos maravillosos.

¿Extrañarán acaso nuestros lectores si les decimos que eso mismo ya no sería la primera vez que por ventura nosotros lo hemos hecho, y si les añadimos que en alguna hoja de nuestra cartera llevamos ligeramente apuntados cuantos y cantares que no reconocen distinto origen? Pero eso es nada para lo que nosotros quisiéramos hacer, sobre todo con relación al objeto que ahora proponemos y que ya habíamos de haber indicado a nuestros lectores, si no se tuviesen ya bien sabido hace tiempo, que esa Teresa de Jesús que a ellos les ha robado - ¡ay qué dicha!- lo mejor de su corazón, es la misma que a nosotros nos trae a mal traer, llevándonos al retortero, como si dijéramos.

Pues, sí, señores: de Teresa de Jesús es de quien tenemos nosotros verdadera hambre de saber, para decirlas, muchas, muchísimas cosas. No importa que ellas vengan en la ligera forma de cuentos y de cantares, que como sean cosas de Teresa de Jesús, por fuerza deben de ser donosas y peregrinas³.

Tal vez no esté lejos el día en que los caminos no estén tan malos como ahora y podamos entonces realizar hermosos sueños que acaricia nuestro corazón, verificando algunas proyectadas excursiones por aquellos ilimitados campos de Castilla y por aquellas risueñas tierras de Andalucía, que a nosotros nos parecen han de ser mucho más bellas que todas las de la hermosa España porque las pisaron los pies de Teresa de Jesús. ¡Con qué avidez recogeremos entonces las teresianas tradiciones que, como frescas y olorosas flores, han debido brotar de las huellas que dejó estampadas el gracioso pie de la finísima Castellana! Su carácter franco y abierto, su corazón grande y varonil, su bizarro espíritu, la agudeza de sus palabras, el donaire de sus pensamientos, añadido a sus frecuentes viajes y maravillosas fundaciones, han debido ofrecer anchuroso campo a la creadora fantasía de nuestro pueblo

³ Si alguno de nuestros lectores hubiese recogido alguna de esas tradiciones, cuentos, leyendas o cantares (cantatas o canciones les llaman en otras partes) a que nosotros nos referimos, estimaríamos nos la remitiese, seguro de prestarnos con ello un verdadero obsequio que agradeceríamos. No teman enviárnoslo escrito de la manera que sepan, advirtiendo sólo que cuanto más sencillamente venga, mejor. Las cartas pueden dirigirse al señor Director.

para que sobre el tema fecundo de sus recuerdos, dichos y hechos, haya podido tejer la preciosa estofa de liadísimos cuentos y deliciosos cantares.

Muy escasos son los que hasta ahora hemos recogido, pero bastan ellos para confirmarnos en la opinión de que la materia está muy lejos de ser agotada. Hoy nos agrada añadir al cuento que escribimos hace algún tiempo con el título de **El pájaro de la jaula**, otro que nosotros hemos bautizado con el título que encabeza estas líneas. Otro día por ventura comentaremos alguno de esos cantares populares y teresianos, como lo hicimos ya con el que escribimos, titulado: **La enamorada**. Si logramos con ello, ya que más no podemos, hacer que todas las almas se enamoren más y más de santa Teresa de Jesús, nuestra ambición más grande quedará satisfecha.

Pero dejémonos ya de preámbulos, y... al grano; digo, al cuento; que también en los cuentos puede haber mucho grano.

II

No hace mucho tiempo, mis queridos lectores (dejo el nosotros por fastidioso, y además porque no hay tales carneros), cuando hube de pasarme a un pueblo vecino del mío por asuntos propios. ¿Pero qué digo? Los asuntos eran teresianos (valga la verdad), pues se trataba nada menos que de instalar allí la "Asociación de Hijas de María Inmaculada y santa Teresa de Jesús", que ya quedó establecida, así como lo está en otras muchísimas poblaciones, donde les digo a Vds. que la celestial **baratona y bullidora de negocios** hace uno de muy bonito entre las muchachas. Pues, señor, como iba diciendo, estando en ese pueblo, una mañanita, al salir de la hermosa iglesia parroquial, de manos a boca topé con una buena anciana -¡quiere tanto mi corazón a esas criaturas viejecitas!- la cual, con aquella santa franqueza que nadie sabe rehusarles, se llegó a mí, y con aire misterioso y queda voz dijo que quería hacerme una grave consulta.

- Vamos, diga V., buena abuelita, que aquí me tiene ya dispuesto a satisfacer sus deseos (le respondí, imaginando qué sé yo los asuntos que podrían traer a aquella anciana).

- Pues, mire V. (añadió): yo quería preguntarle, porque una no lo sabe, si hay algún mal en decir lo que yo digo cuando pierdo alguna cosa.

- Vamos a ver, ¿y qué es lo que dice V.? (le pregunté).

- Yo no sé si V. se reirá, señor, pero se lo quiero decir: tan pronto como hallo que he perdido alguna cosa, digo en seguida: "Vágame santa Teresa de Jesús que encontró las llaves que Jesús había perdido"; luego rezo a la Santa un **Padre nuestro**, y concluido, me pongo a buscar lo que he perdido. ¿Qué le parece a V.? ¿hago algún mal en hacer eso?

- No creo que haga V. mal alguno en hacer eso, antes al contrario, todo eso me parece muy bueno. Pero dígame V.: ¿y encuentra así lo que V. busca?

- ¡Vaya si lo encuentro! sí, señor. Ayer mismo, para no ir más lejos, a la hora en que tocaban al santo Rosario de la tarde y mientras me disponía para ir a la iglesia, hallé en falta los benditos rosarios, que yo estimo en mucho por ser un recuerdo de mi madre, que en paz descansa. Pues ¿creerá V. que tan pronto como hube rezado aquello y me puse a buscarlos, los encontré?

- ¡Qué dice V.! ¿En seguida los encontré?

- ¿Pues no había de encontrarlos? Sí, créame V., esa bendita Santa vale lo que pesa, y para eso de encontrar lo perdido, le digo a V. que se pinta sola.

- Pues ¿cómo será eso? Otras cosas me sabía yo de Teresa de Jesús, pero le aseguro a V. que ignoraba hasta hoy lo que acaba de contarme. ¿Y sabe V. de donde le viene esa gracia a santa Teresa?

- Le diré yo a V.: como la bendita Santa se encontró las llaves que Cristo había perdido...

- ¡Llaves que Cristo había perdido! ¿Y cuándo fue esto? No sabía yo ese percance que le había pasado a su Divina Majestad.

- ¿No? ¿Y no lo han encontrado Vds. en los libros?

- Si los libros dicen muy poca cosa: V. será hoy mi libro; vamos, que me lo cuente V.

- Pues voy a obedecerle en seguida, que no me gusta, ni tampoco está bien hacernos de rogar.- Pues, señor, era un día a la puesta del sol, cuando iba su Divina Majestad cabizbajo y mohíno, caminando por una estrecha senda campo adelante y parándose a cada momento, como aquel que va buscando alguna cosa. Rato hacía que andaba de aquí para allá y siempre de mal humor, cuando hete aquí que de buenas a primeras topó con santa Teresa que acertaba a venir por el mismo camino.- ¡Hola! ¡Teresa mía! (dijole el Señor después de

contestar a su cariñoso saludo). Te digo que a mejor punto no podías venirme, porque estoy metido en un atolladero, de donde si tú no me sacas, yo creo que nadie me puede sacar.

- Hable su Divina Majestad, que otra cosa no espero para ir aunque sea al otro cabo del mundo, si así lo quiere, (contestó rendidamente la Santa).

- Ya lo sé, Teresa mía, ya lo sé, y porque lo sé, quiero contarte cómo hace poco tenía en mis manos unas llaves que eran lo más precioso que has visto, tanto, que en verdad te digo que excedían en valor a cuantas preciosidades vieron los siglos, pues con ellas y sólo con ellas me era dado abrir riquezas y tesoros, en cuya comparación son estiércol vil los tesoros y riquezas de los reyes. Mas, ¡ay Teresa! No extrañes si me ves tan triste y pesaroso, porque has de saber que esas llaves tan preciosas como queridas las he perdido. Ándolas buscando hace rato por estos campos, pero me fatigo inútilmente, pues las llaves no aparecen; mi desconsuelo crece, y ya no sé a quien puedo recurrir si no es a ti en tan apurado trance.

- ¿A mí, Señor? ¿Elegirme a mí, la más ruin y pecadora mujercilla? (repuso la humilde Teresa de Jesús).

- A ti, sí; a ti que en lo de ser lista y bullidora pocas o ninguna te gana, y en lo de sagaz y discreta creo que superas a todas; a ti te confío este arduo negocio, que es de suma importancia para mis intereses, que son los tuyos.

- ¡Gracias, oh Señor mío, gracias infinitas por la grandeza de vuestras bondades! (exclamó Teresa).

- A ver, pues, si me encuentras pronto las perdidas llaves. Mira que en este hallazgo está comprometida mi honra, esa honra que, como ya te dije, es tuya también, y debes celar mejor aún que si fuese tuya propia.

Aún no había bien acabado su Divina Majestad estas últimas palabras, y tan pronto como le echó su santa bendición, que le pidió la Santa postrada a sus pies, cuando hubiera V. visto a santa Teresa de Jesús (decía la buena anciana) andar tan ligera por aquellos campos, que se perdía de vista. Tan pronto la hubiera V. visto asomarse por los altos de la montaña como deslizarse allá abajo en lo hondo del valle. ¡Ca! el viento no anda tan ligero como andaba ella. De aquí es que en un santiamén nada le quedó por registrar, y no hubo piedra, mata ni romero que ella no examinase, a ver si ocultaba las llaves perdidas.

- Y dígame V., buena abuelita (la interrumpí yo), ¿encontró finalmente las llaves?

- Pues eso es lo que iba yo a decir (contestó ella); sí, señor, las encontré, y cuando aún no hacía un cuarto de hora. Pero ¡qué fuera de sí por la alegría tornaba santa Teresa con las preciosas llaves colgando del brazo y llamando a voces a su Divina Majestad! Si corriendo iba cuando las buscaba, ahora no corría, sino que volaba, volaba, deseosa de dar pronto con su Divina Majestad. Como no podía éste hallarse muy lejos, no tardó en hallarle; y entonces fueron las alegrías, las palabras amorosas, los dulces regalos que le hizo a santa Teresa su Divina Majestad.

- ¿Y no sabe V., buena anciana (agregué yo entonces), qué es lo que hicieron de las encontradas llaves?

- Nada más dice el cuento que yo ya sé de chiquita (contestó); pero demasiado entiendo que entonces podría su Divina Majestad abrir aquellos tesoros y riquezas que le dijo a la Santa, y que la honra de Dios, que eran también la suya, estaba ya salvada.

Después de esto di las gracias a mi sencilla y piadosa narradora, no sin pedirle mil perdones por mi molestia y extremada curiosidad. Me agradaba tanto la manera viva, expresiva, animada con que ella refería este sencillo cuento, que yo me daría ya por muy satisfecho de que una mínima parte de la satisfacción que yo entonces experimenté, fuese transmitida al corazón de mis queridos lectores al pasar los ojos por estos sencillos y pálidos renglones, que tiene si acaso la humilde pretensión de copiar la elocuencia de una pobrecita anciana.

Sin embargo de todo esto, yo no quedé del todo satisfecho. Yo deseaba saber toda la verdad oculta en el fondo de esa tradición; quería descubrir la semilla germinal atesorada en el recóndito seno de la leyenda, a través de esas ligeras y graciosas formas que son como las frescas y odorantes hojas de una flor delicadísima.

Sin embargo, la buena y piadosa anciana no supo decirme nada más. ¿Qué hacer? Mohíno y cabizbajo anduve unos días pensando en cuál podría ser la significación de este cuento. Pero, no, señor, la clave que me abriese el sentido misterioso de aquellas **llaves** no aparecía. En vano se lo pregunté a varios amigos, pues me quedaba casi tan en ayunas como antes de haberlo preguntado. Por fin, me acordé... ¡y no haberlo pensado antes!... me acordé de un amigo mío, que creo yo que sueña todas las noches con santa Teresa de Jesús y que sabe al dedillo todas las cosas que le pasaron a la bendita Santa. Puse enseguida mano a la pluma y le endilgué estas líneas:

“Querido mío: por Dios y todos los Santos te pido que me saques de apuros, que, créeme, son muy grandes. Tú que tan al cabo de la calle estás de lo que sucedió a santa Teresa de Jesús cuando andaba por esos mundos de Dios, dime, si tienes algunas noticias, que sí las tendrás, de unas **llaves** que su Divina Majestad hubo de perder, no sé por donde, y que las encontró santa Teresa. Esas llaves te digo que las llevo metidas en el cerebro y me tienen fuera de mí hace días. Dime qué llaves eran esas, o sino, cuál es el sentido de esas llaves que tal han parado mi cabeza. Contéstame lo más pronto posible, porque no sosegaré ni descansaré hasta salir de mi ignorancia.

Queda aguardando con impaciencia la tuya tu afectísimo amigo en Jesús de Teresa, etc”.

Ahora bien, mis queridos lectores. La contestación de mi amigo no ha llegado a mis manos todavía, lo cual no es de extrañar si se atiende al mal estado de las comunicaciones. Sin embargo, confío que la carta llegará pronto, y entonces, cuando venga, me apresuraré a comunicaros su contenido (que deberá de ser sabroso como todas las cosas de mi amigo) en el próximo número de la Revista.

En el entretanto ¿no podría alguno de vosotros, mis queridos lectores, o alguna de vosotras, lectoras de la Revista, decirme alguna cosa de esas **llaves** que tan asendereado me tienen? Creed que lo agradecería de veras vuestro afectísimo

J. A. y A.

A SANTA TERESA DE JESÚS

Inclina tus oídos,
Oh Teresa, portento de la gracia;
Y escucha los gemidos
De un pecador que espera en la eficacia
De tus devotos ruegos y oraciones,
Verse libre de vicios y pasiones.
Mi alma poseída
De tristeza mortal y graves penas,
Por hallarse oprimida
Del peso del pecado y sus cadenas,
Busca en tu caridad y en tu amor tierno
Una abogada para el Juez Eterno.
En tu excelsa clemencia
Apoya su esperanza el alma mía;
Y que le des audiencia
De tu noble bondad mucho confía,
Pues tu poder, tu gracia y santo celo,
Más grande que en la tierra es en el cielo.
Aquí donde gloriosa
Goza los brazos de su Esposo amado
Tu alma generosa
No creo, no, que hayas olvidado
Ni el celo de las almas más activo,
Ni el amor a su bien más compasivo.
¡Oh cuántos mis temores
Se alientan con el bien de esta memoria!
¡Oh divinos ardores!
¡Cuánta gloria
Dará a tu santo pecho el generoso
Celo de ganar almas a tu Esposo!
¡Oh celestial Teresa!
A este celo y santas oraciones
Reserva Dios la empresa
De quitar las cadenas y eslabones

De tanto vicio vil como ha reinado
En mi pecho, que ya es tu enamorado.
Pero no me contento
Con este beneficio tan crecido;
Más alto pensamiento
Reina en mi pecho triste y abatido;
Y es, que libre ya de mis temores
A la virtud inclines mis amores;
Me consigas fe ardiente,
Activa caridad, viva esperanza,
Un amor reverente
De los juicios de Dios y confianza
De ser de mis delitos perdonado
Y entre sus escogidos numerado;
Angélica pureza,
Oración, obediencia, humildad santa,
Amor a la pobreza,
A mis prójimos amor, y piedad tanta,
Que sea de mis ansias el empeño
Agradar a Jesús, mi dulce dueño.
A esto aspira el deseo
De un alma que te adora con ternura,
Cuyo feliz empleo
Será siempre quererte sin hartura
Teniéndote por Madre y protectora,
Y en sus dudas por luz y por doctora.
Adiós, Teresa mía,
Honra de nuestra España y aún del cielo;
Adiós, oh Madre mía,
Mi gloria, mi regalo, y mi consuelo;
Adiós, y Dios me dé que yo te vea
Por infinitos siglos. Así sea.

José Portugal

HECHOS EDIFICANTES

XIV

NO SOY BUENA PARA TERESIANA

- Vaya, no te canses, no lo has de lograr.
- Y sí lo lograré, pese a quien pese; ¡pues no faltaba más que el negrillo hubiese de cantar victoria!
- ¿Qué negrillo ni cuatro cuartos?
- Si es el negrillo que te tienta, y lo que peor es aún te tiene atada con sus tretas, y tú no lo conoces.
- Todo lo pagará el negrillo. No es eso: es que no soy buena para Teresiana. No puedo.
- Eres buena y rebuena; puedes y repuedes serlo, y más te digo, lo serás.
- No te canses, porque nadie está obligado a imposibles. Y ser yo teresiana, no diré buena, sino mediana, no es para mí.
- Dime el por qué.
- Porque tengo sobra de obligaciones, y no quiero cargarme de nuevas devociones.
- ¿A lo que constituye lo esencial de Teresiana llamas tú cosa de devoción? ¡Ay amiga! permíteme te diga que no conoces a mi querida Asociación.
- ¿Cómo no? rezar y más rezar: he ahí el fin de esa devoción como todos.
- Te engañas, amiga mía, te engañas. Si cabalmente el espíritu de nuestra Asociación es quitarnos este trabajo rutinario. No hallarás en el Reglamento que te prescriba ningún rezo diario.

-¿Pues no dicen que has de rezar todos los días un cuarto de hora, y un día a la semana una hora?

- Ya decía yo que no conocías el espíritu teresiano. No, amiga mía, no; quiere más la santa Madre Teresa de Jesús que recemos un Padre nuestro con pausa, y pensando lo que decimos, que cincuenta deprisa, de rutina. Y eso es lo que pretende nuestra Regla al prescribirnos cada día un cuarto de hora de oración mental o meditación. Que descansemos de la barahúnda de los negocios, y por aquel rato seamos dueñas de nuestra alma pensando en lo que más nos despierta a amar a Dios. Y si una palabra del Padre nuestro, Ave María u otra oración nos mueve a ello, no repitamos otra, y con actos de amor y gratitud y súplica pasemos un cuarto de hora al menos cada día en amistosa y reverente conversación con nuestro Padre amado que es Dios. Esta práctica es la esencial de la Asociación teresiana, y ¿crees tú que es vulgar devoción? ¡Ah! no, dice la seráfica Doctora. Quien no hace esto no es cristiano de veras, cae en gran bestialidad.

- Pero eso ¿dónde, cuándo hacerlo?

- En la iglesia, en casa, en el campo, cosiendo, barriendo. “Si es en la cocina, dícenos la seráfica Doctora⁴, entended que entre los pucheros anda el Señor, ayudándoos en lo interior y exterior”.

- Pues será fácil orar.

- Tanto como es fácil conversar un rato una amiga con otra amiga. Sólo se requiere un poquito de buena voluntad y pedirlo a María, san José y santa Teresa de Jesús, y luego se sabe orar. Y este ratito es el más apetecido del día, el más tranquilo, y que más bien hace a nuestro cansado espíritu. Pruébalo, amiga mía; dos meses te da de prueba nuestra Asociación antes de admitirte en ella, para que veas que no trata de engañarte, sino de salvarte. Yo te aseguro que si te resuelves dar a Dios y a tu alma este cuarto de hora de descanso, antes de un mes reconocerás y confesarás en voz alta que si no eres buena para teresiana, a lo menos deseas ser, no buena, sino de las mejores teresianas. Pruébalo: por amor de Jesús y de su Teresa te lo pido, y yo te prometo que dentro de un mes darás razón a tu mejor amiga.

XV

SERÁS TERESIANA

- No lo han de ver tus ojos por más que te empeñes.

- Yo te aseguro que dentro de dos meses serás Teresiana, y no de las rezagadas, sino de la guardia de honor que sostiene alta la bandera en cuyos immaculados pliegues se lee: Viva Jesús mi amor, todo por Jesús.

- Si has de morir hasta que tal se cumpla, bien puedes resignarte a vivir los años de Matusalén.

- Pues tú serás Teresiana, y pronto, y de las más animosas.

- No conoces mi corazón, amiga mía; si tú supieras el mal humor, la cólera que se enciende en mi pecho con sólo oír nombrar a las Teresianas y Teresas, no te atreverías a repetir eso.

- Pues serás Teresiana, quiera que no. Santa Teresa de Jesús ha puesto los ojos en ti, joven, de buen corazón y de buen entendimiento, y lo ha dicho a su Jesús: “C. es buena para nuestra amiga”; y ya sabes que lo que quiere Teresa de Jesús, eso se hace irremisiblemente en los cielos, en la tierra y en los abismos. No en vano en vida ya la llamaban la mujer que todo lo puede; por consiguiente, repito que tú serás en breve hija de María y Teresa de Jesús, y no cobarde, sino de las más animosas,

- ¡Vágame santa Teresa de Jesús! casi me lo harás creer a pesar de ser esta la cosa que más repugna a mi corazón.

- Pus oye un sucedido, y te convencerás más de lo que te estoy diciendo. Tenía santa Teresa de Jesús una sobrina llamada Beatriz que en todo pensaba menos en seguir a Cristo por el áspero sendero de los consejos evangélicos. Era de genio altiva, vanidosa, amiga de ver y ser vista, de divertirse y galantear como sucede a tantas jóvenes. Su tía había puesto los ojos en su distraída sobrina, y se la llevaba a las fundaciones por ver si un día de buen grado cedería a sus ruegos y ejemplos. Pero Beatriz le replicaba: “No lo habéis de lograr, Tía mía. Cuanto dista el cielo de la tierra, tanto y más distan vuestros deseos e intenciones de las mías”.

⁴ Fundaciones, cap. 5

Cansada ya de sitiarse con ruegos y caricias a esta voluntad rebelde, le dijo un día: "Anda, Beatriz, y haz lo que quisieres, que tú al fin serás monja".

- ¿Y se cumplió el vaticinio de su Tía santa Teresa de Jesús?

- Y tanto, que vivió monja ejemplarísima, y murió en olor de santidad.

- ¡Psich! Puede ser que se diga de mí otro tanto con el tiempo.

- No digo tanto; pero sí afirmo, amiga mía, que será hija de María inmaculada y Teresa de Jesús con contento de tu alma y de la mía.

- Allá veremos.

- Lo veremos.

Aquí paró nuestro animado diálogo, amantes teresianos. Ya que sabéis el estado de la cuestión, os pido hagáis una fervorosa súplica al Serafín que transverberó el corazón de la Santa por esta alma arisca y rebelde que empieza a revolverse hacia la luz y el amor que esparce el nombre suavísimo de Teresa de Jesús. Si logro mi intento, -lo que no dudo, dicho aquí entre nosotros-, haré, lectores queridos, que esta joven de talento ella misma os cuente y diga: Soy nosotras, el cómo y por qué. Se compromete a ello la que tiene a gran dicha el apellidarse

El Añagaza de santa Teresa de Jesús

AMAD A SAN JOSÉ

Se acerca, amantes teresianos, el mes y día del Señor san José, verdadero Padre de nuestra adorada Madre santa Teresa de Jesús. Interpretando fielmente los deseos de nuestra Santa, creo que es para mí un deber el recordaros sus encomiendas y deciros: amad a san José.- Sí, amad a san José, el ayo y padre adoptivo del Hijo de Dios, el verdadero esposo de María, el más glorioso de los Santos, el más privilegiado de los mortales, y el protector más poderoso y amado de nuestra seráfica Virgen.- Amad a san José, lectores queridos, obsequiadle sobre todo imitando su oración y recogimiento, consagrado con mayor puntualidad el cuarto de hora de oración en este santo tiempo de cuaresma.- Amad a san José, consagrándole algún obsequio todos los días de su mes.- Amad a san José, y experimentaréis un poderoso valimiento en vida y en la hora de la muerte.- Pedidle, pedidle con confianza grandes cosas a este Santo sin igual, y como santa Teresa de Jesús, su Benjamina y secretaria, habréis de confesar que san José socorre a sus devotos en todo peligro y necesidad.- C

REVISTA NACIONAL

El día 6 de este mes llegó a Barcelona el Excmo. E Ilmo. Sr. Don Joaquín Lluch, dignísimo obispo que fue de Salamanca y hoy de la capital del Principado, y el día 9 tomó posesión de la santa Catedral Basílica. Ha sido muy bien recibido en la industriosa ciudad Prelado tan esclarecido por sus talentos y virtudes, y no dudamos, atendidas las arraigadas simpatías que cuenta dicho Señor en Barcelona y la ayuda de Jesús y santa Teresa, consolará a la Esposa que ha llorado por cinco años la muerte de su esclarecido predecesor el Excmo. E Ilmo. Sr. D. Pantaleón Montserrat.

Reciba nuestra más cordial felicitación tan ilustre y teresiano Pastor, y sírvale de algún consuelo al dejar de ser el custodio del santo cuerpo y corazón de la seráfica Teresa de Jesús, el encontrarse en medio de sus antiguos amigos y ser el protector de nuestra humilde publicación destinada a dar a conocer y hacer amar a su más distinguida hermana en religión santa Teresa de Jesús.

Nuestros lectores sabrán ya que en el año actual cae la celebración del Jubileo de Santiago, enriquecido por los soberanos Pontífices con innumerables gracias espirituales, así

como las prescripciones que deben cumplirse para ganarlas⁵. Hoy vamos a darles breve cuenta de las solemnidades con que se ha inaugurado en el presente año.

Gracias a la devoción de los católicos santiaguenses y de otras personas que de toda España han contribuido, pudo celebrarse la fiesta de la inauguración con un esplendor inesperado, aunque la brillantez del culto no igualase a la de otros tiempos.

Campanas, fuegos artificiales, gigantes, concurso de gente, todo contribuyó a hacer alegre la fiesta y a satisfacer la devoción. El Cabildo había hecho limpiar la plata del altar y adoptado otras disposiciones para que por su parte nada faltase.

La apertura de la Puerta Santa se hizo el día y hora señalados, con una circunstancia que pareció verdaderamente providencial.

No habiendo el Gobierno anterior al actual permitido que el Arzobispo preconizado para la iglesia de Santiago fuese a tomar posesión del cargo que le designó el Sumo Pontífice, tratábase de saber a quien correspondía abrir la Puerta Santa en ausencia del Prelado; en esto se presentó el Arzobispo de Santiago de Guatemala, que pasando de Burdeos a Sevilla o Cádiz, quiso visitar el santo Apóstol, y accediendo a la súplica de los santiaguenses, se quedó para celebrar de pontifical.

Sabemos que algunos católicos de Madrid se preparan a hacer la peregrinación al sepulcro del santo Apóstol de España, y es de esperar que irán de otras partes de la península. Ya que por circunstancias especiales no imitamos el ejemplo de las naciones extranjeras, en donde con funciones y peregrinaciones extraordinarias se procura avivar la religiosidad de los pueblos y atraer las gracias del cielo, al menos hagamos una peregrinación que nuestros mayores hicieron tantas veces, y a la que la Iglesia ha enriquecido con muchísimas gracias espirituales.

¡Ojalá el santo Apóstol, patrón de España, nos logre del Altísimo la gracia de la paz, el restablecimiento de la unidad católica con las ventajas de toda clase que lleva consigo, y nos libre de los enemigos presentes de la fe, como libró a nuestros padres de los mahometanos!

REVISTA EXTRANJERA

ROMA. El Papa Pío IX ha publicado una Encíclica anunciando y publicando el gran jubileo general para todo el año 1875. He aquí algunos de sus párrafos:

“Confiando en la misericordia de Dios y en la autoridad de sus apóstoles los bienaventurados Pedro y Pablo, en virtud del poder supremo de atar y desatar que Dios nos ha confiado a pesar de nuestra indignidad, concedemos y otorgamos misericordiosamente en el Señor la facultad de ganar una vez en dicho año indulgencia plenaria con la remisión y el perdón de todos sus pecados a todos los fieles de Jesucristo y a cada uno de ellos, tanto a los que habitan en Roma y vienen a ella como a los que residen fuera de esta ciudad, en cualquier parte que sea y que viven en la gracia y la obediencia de la Santa Sede, con tal que verdaderamente contritos, se hayan confesado y fortalecido con la sagrada Comunión, y con condición de que los primeros visiten con devoción una vez al día, durante quince días seguidos o con intervalos, días naturales o hasta eclesiásticos, a contar desde las primeras vísperas de uno de estos días hasta el crepúsculo del día siguiente, las basílicas de San Pedro, San Pablo, San Juan de Letrán y de Santa María la Mayor, y los demás, asimismo durante quince días seguidos o con intervalos, la iglesia Catedral o mayor y otras tres iglesias de la misma ciudad o de sus arrabales que serán designadas por los Ordinarios de esos lugares, por sus vicarios o por otros representantes suyos, luego que nuestras Letras hayan llegado a su noticia, y que allí hagan fervientes oraciones por la prosperidad y exaltación de la Iglesia católica y de este siglo apostólico, por la extirpación de las herejías y la conversión de todos los pecadores, y por la paz y la unidad de todo el pueblo cristiano y según nuestras intenciones. Permitidnos también que esta indulgencia se aplique como sufragio a las almas que unidas a Dios en la caridad, han salido de esta vida, y que valgan para ellas”.

⁵ El presbítero D. Vicente María Tettamanzi ha escrito un librito con el título **El Jubileo compostelano**, en el que se expone el origen y gracias del Jubileo, y un piadoso método para ganarlo. Se halla en venta en Santiago, imprenta de M. Miras y Álvarez.

El Padre Santo hace después un llamamiento a todos los Patriarcas, primados, arzobispos, obispos, y demás ordinarios, a los preladados y a los que a falta de obispos y preladados ejercen legítimamente la jurisdicción local ordinaria y están en gracia y comunión con la Sede apostólica, para suplicarles que anuncien el jubileo a los pueblos confiados a su cuidado y velen con el mayor celo para que todo los fieles reconciliados con Dios por la penitencia hagan que esta gracia del jubileo redunde en provecho y utilidad de sus almas.

El Padre Santo les insta también a que estimulen a los fieles para que sirvan a los pobres y sean rescatados los pecados con las limosnas.

“Ahora más que nunca, termina la Encíclica, es necesario, queridos hijos, arrancar de nuestra conciencia las obras muertas, llevar a cabo los sacrificios de justicia, hacer dignos frutos de penitencia y sembrar en las lágrimas para recoger en la alegría”.

ALEMANIA. Las autoridades adictas al Gobierno de Prusia siguen suprimiendo todas las asociaciones católicas locales, que estaban en relación con la Asociación general de católicos de Maguncia. Es muy de notar que mientras se toman estas medidas contra los católicos, injustificables bajo el punto de vista legal, son toleradas las asociaciones políticas revolucionarias de todos matices, unidas entre sí y con un cetro común. La prensa de Bismark, lejos de negar este hecho, lo ha comprobado recientemente dando detalles sobre la organización de estas sociedades en las provincias del Rin. Como se ve, Bismark y sus satélites entienden la igualdad ante la ley a la manera de los revolucionarios de todos los países.

- La Asociación de católicos de Alemania se dispone a enviar un mensaje al Papa con ocasión del Jubileo en nombre de todos los católicos alemanes. Este documento, que llevará millones de firmas, tiene por objeto dar al Padre Santo la seguridad de la firme e inquebrantable adhesión de los católicos alemanes a la persona y autoridad del Jefe de la Iglesia.

BRASIL. El Gobierno masónico de este imperio prosigue sin descanso la obra de iniquidad contra la Iglesia católica. Según un telegrama de Pernambuco, ha expulsado de aquella provincia a los sacerdotes de la insigne Compañía de Jesús.

MÉJICO. Ha sido aprobado por el Congreso mejicano un nuevo Código de leyes las más tiránicas y opresoras contra la Iglesia. Una de sus cláusulas ordena la bárbara expulsión de las Hermanas de la Caridad.

SUIZA. El Gobierno de Berna está decidido a hundirse más y más en la tiranía. Reunida hace poco la Asamblea legislativa, ha vuelto a tener un acceso de persecución religiosa que la acomete en cada sesión, siendo los católicos siempre víctimas de las pasiones irreligiosas de los nuevos diputados. La situación se apura sobre todo en el Jura. Después de un descanso de algunos meses, los agentes de policía del Gobierno han vuelto a renovar su persecución contra los sacerdotes. Los jóvenes eclesiásticos que se aventuran a pasar la frontera de noche, a fin de llevar los consuelos de la Religión a los pueblos de aquel departamento, son objeto de un espionaje sin piedad, llegando hasta el punto de hacer fuego sobre un sacerdote que fue con objeto de bautizar a un niño. Felizmente la bala no le tocó; pero la indignación no es por esto menos general. Como coronamiento de su sistema de opresión, el Gobierno ha despojado al Jura de los establecimientos de caridad que le quedaban.

- El gran Consejo de Ginebra consumó en su sesión del 6 de enero una iniquidad que venía presintiéndose hace algún tiempo, mandando que se dé posesión a los cismáticos de la iglesia de Nuestra Señora de Ginebra, construida a expensas de los católicos.

RETIRO MENSUAL.- Día 15 de febrero

Máxima

Ser modesta en todas las cosas que hiciera y tratare.- Jamás hagas cosas que no puedas hacer delante de todos. (Avisos 4 y 42)

Virtud: Modestia

Sea nuestra modestia patente a todos los hombres: el Señor está cerca. (San Pablo a los Filipenses, c. IV, v. 5)

Reflexiones

La modestia es la salvaguardia de la pureza. Esta virtud se funda en la humildad que nos hace apreciar la propia nada y la propia fragilidad, y en el santo temor de Dios, el cual juzgará a cada uno de sus menores acciones, palabras y pensamientos. La modestia nos conserva castos y fervorosos, nos hace amables al prójimo y amados de Dios.

Conocida es la angelical modestia de san Luis Gonzaga, el cual esquivaba hasta mirar la cara de su propia madre; ni lo es menos la de santa Juliana Falconieri, que nunca en su vida alzó los ojos al rostro de hombre alguno. Santa Teresa de Jesús fue también rarísima en esta virtud, pues sola su presencia bastaba para componer a las personas más disolutas. En nuestros días se burlan los libertinos de la modestia enseñada por Jesucristo, y son muchas las almas que ceden vilmente a los respetos humanos; y por esto se ha hecho tan rara la inocencia de las costumbres y el espíritu de piedad y de oración. ¡A cuántos fue causa de su ruina una mirada menos cauta! Basten, por todos, los ejemplos de un David y de un Salomón.

Debemos practicar la modestia delante de todos, como intima el Apóstol, por la obligación en que estamos de dar buen ejemplo a nuestros prójimos. Mas importa mucho nos guardemos de practicar esta virtud sólo para parecer modestos a los ojos de los hombres y captar su estimación, lo cual sería dañable hipocresía y pasto de vanagloria; debemos practicarla sí, porque el Señor está presente en todo lugar y a toda hora.

Esta fe viva de que nos está mirando siempre la Majestad divina, la cual nos ve y observa continuamente, es un medio muy bueno y eficaz para practicar la modestia aunque no seamos vistos de criatura alguna.

Ramillote espiritual

Bajar los ojos o volverlos a otra parte cuando tropiecen con cosa menos honesta, y cerrar los oídos a toda expresión menos casta.

GRACIAS

Que se piden a santa Teresa de Jesús, y se recomiendan a las oraciones de sus devotos

El triunfo de la Iglesia y la libertad de Pío IX.- La paz para España.- La conversión y cristiana muerte de dos personas.- Cuatro comunidades religiosas.- Éxito feliz para un asunto de mayor gloria del Corazón de Jesús y su Teresa.- Dos fundaciones religiosas.- Las Hijas de María Inmaculada y santa Teresa de Jesús.- Los Prelados españoles.- Los seminarios conciliares.- Dos enfermos.- La destrucción de las herejías.- Los católicos alemanes y suizos.

LA ESPAÑA DE SANTA TERESA DE JESÚS

SOCORRIENDO CON ORACIONES Y LIMOSNAS AL ROMANO PONTÍFICE CAUTIVO Y POBRE

La Asociación de jóvenes católicas de Calaceite a su excelsa Madre María Inmaculada

Hoy con más fervor y confianza que los demás días, postradas vuestras hijas a vuestros pies os piden con instancia que saquéis pronto a vuestro hijo y Padre nuestro amantísimo Pío IX de tantos peligros y tribulaciones que está rodeado, dando el triunfo a la

Iglesia, y con él la paz al mundo, y a España que es vuestra heredad predilecta la llenéis de prosperidades.

| | |
|--|-------|
| Domingo Laporta, Director | 20 |
| Bienvenida García | 5'50 |
| Saturnina Jasá | 5'50 |
| Matilde Esteve | 4 |
| Victoria García | 4'50 |
| Francisca Torres | 1'50 |
| Francisca Monclús | 1 |
| S. J., que ruega todos los días por la libertad de Pío IX y la paz De España | 11 |
| J. F.: Socorred, Virgen purísima, a nuestro querido Pío IX, mi Queridísimo Padre, y vos, Teresa de Jesús, plantad pronto vuestros Reales en mi pobre pueblo | 20 |
| El coro del sagrado Corazón de Jesús pide a sus Madres María Inmaculada y Teresa de Jesús un corazón recto y lleno del Divino amor..... | 9 |
| El coro de la Purísima Concepción pide a su Madre ser todas sus Hijas bien puras y grandes santas | 13 |
| Las niñas del primer Coro de Nuestra Señora del Carmen ofrecen y piden a su más esclarecida hija Teresa de Jesús la libertad de Pío IX, y que colme a todas ellas de gracias y bendiciones | 31'50 |
| Las del segundo Coro le piden que sean conocidas por todo el mundo las virtudes y escritos de su Madre, para conocer y amar a su Jesús y nuestro..... | 6'50 |
| Las del tercer Coro piden a sus queridísimas Madres, que en recompensa de los pocos fondos que pueden ofrecer a su atribulado y afligido Pío IX, las hagan muy ricas de virtudes .. | 4'50 |
| Ángel Custodio, defendad a Pío IX de todos sus enemigos y a nosotros de ser víctimas de ninguna mala tentación | 6 |
| Coro de Santa Ana. Gloriosa abuela de Jesús, haced que amemos mucho a vuestro Nietecito | 7'50 |
| Coro primero de San José. Pío IX os ha declarado Patrón de la Iglesia; mostrad, glorioso Patriarca, vuestro poder, humillad a todos sus enemigos | 12'50 |
| Coro segundo de San José. La Iglesia gime, Vos sois su Patrón; Pío IX acude a vuestro patrocinio, y vuestras hijas os piden consuelos y alegrías | 11 |
| Coro de San Juan Evangelista. Discípulo amado de nuestro buen Jesús de Teresa, haced que le amemos tanto como nuestra Madre y Vos | 8'50 |
| Coro primero de Santa Teresa de Jesús. Patrona sois de España, obligación vuestra es el socorrerla, y la nuestra es el imitaros en vuestras virtudes y propagar nuestra santa Asociación..... | 8 |
| Coro segundo de Santa Teresa de Jesús. ¿Os negará nada vuestro queridísimo Esposo? No: pedidle la paz para vuestra España; salud y gloria a Pío IX, y un corazón santo y varonil para vuestras hijas | 12'50 |
| Coro de Santa Clara. ¿Cuándo cesará la persecución contra la Iglesia nuestra Madre? interceded para que nuestro amado Pío IX vea florecerla por todo el mundo | 11'50 |
| Coro de Santa Isabel. Vuestras hijas, Oh María Inmaculada y Teresa de Jesús, no pueden ver con indiferencia los padecimientos que sufre la Iglesia. Ofrecednos al Eterno Padre como víctimas voluntarias. Aceptamos la muerte resignadas y alegres por vuestro Jesús y nuestro, y porque tengan fin las tribulaciones de nuestro amado Pío IX, Pontífice y Rey | 14 |

Calahorra.- F. J. L. F.: Santa Teresa de Jesús, alcanzadnos el

| | |
|----------------------------|----------|
| triunfo que deseamos | 80 |
| Suma | 3,304'60 |

(Sigue abierta la suscripción)